

¡Romparamos

ES HORA DE DESPEDAZAR LAS VASIJAS QUE NO PERMITEN QUE SE VEA LA LUZ DE CRISTO EN NUESTRAS VIDAS

vasijas!



No cabe duda de que nadie, absolutamente nadie, enciende una lámpara para luego colocarla debajo de una vasija (Mt 5:15). De hecho, si fuéramos testigos de una acción como esta, no vacilaríamos en calificar de ridícula a la persona que la realiza. No obstante lo disparatado del procedimiento, no deja de ser una buena descripción de lo que ha sido la historia del pueblo de Dios. Una y otra vez hemos escondido nuestra luz debajo de una vasija.

Usted probablemente sentirá, al igual que yo, que ya es hora de despedazar las vasijas que no permiten que se vea la luz de Cristo en nuestras vidas. Un mundo donde la confusión es cada vez más acentuada pide a gritos que alguien se levante y diga, con convicción: “Este es el camino, anden en él, ya sea que vaya a la derecha o a la izquierda.” (Isaías 30:21 – NBLH). Ni por un instante debemos dudar que esa voz, clara e insistente, debe ser la de la iglesia. ¿Quién, sino la novia de Cristo, podrá señalar al que es el camino, la verdad y la vida? Ante esto, es menester identificar cuáles son las vasijas que más han impedido que la luz del Señor brille con la intensidad debida.

1. La vasija de la indiferencia

La mayor razón por la que no estamos comprometidos con las misiones no es la dificultad de llegar al campo, ni la resistencia de los pueblos al evangelio, ni tampoco la falta de recursos para evangelizar a más personas. El mayor obstáculo a una actitud de compasión hacia los que están en tinieblas es nuestra propia apatía. En más de una congregación existe un total desinterés por tocar la vida de aquellos cuyo destino eterno es la muerte. Se ha instalado en nosotros el mismo espíritu de Jonás, quien se ubicó sobre la colina, con una especie de perversa satisfacción, a esperar la destrucción de los ninivitas. Por esto el primer paso hacia las misiones necesariamente requiere de nuestro arrepentimiento, por el egoísmo que ha marcado nuestra vida espiritual.

2. La vasija de la religiosidad

Son aquellas actividades que resultan cuando el hombre toma control de su propia experiencia espiritual y deja de responder a las iniciativas del Altísimo. En la religión, el ser humano siempre es el protagonista, el centro de todo. Su meta es manipular al ser divino para que éste bendiga y prospere los proyectos que ha construido. Viendo de esta forma la vida, las misiones se convierten en un elaborado proyecto de la iglesia, fruto de nuestra propia inteligencia, pero en el plan de Dios, las misiones son la expresión de una realidad interior vivida por sus hijos. No podemos crear actividades que produzcan luz, porque no hemos recibido esa capacidad. Lo único que nos queda por hacer es dejar que la luz de Cristo brille con intensidad en nuestras vidas. Esto, por supuesto, es el resultado de caminar cerca de Él y por eso el discípulo comprometido con las misiones es llamado un testigo, porque señala una realidad que trasciende su propia persona.

3. La vasija de la complacencia

Se ha instalado en nuestro seno una convicción dura de combatir, pues los mismos promotores de misiones tienden a perpetuarla; es la idea de que se requiere un llamado especial para involucrarse en las misiones. Como la mayoría de nosotros nunca hemos sentido un llamado a alguna nación lejana nos sentimos seguros de que no estamos en falta con nuestro Dios. La Palabra, no obstante, enseña que la iglesia toda ha sido llamada a ser testigo de “Las maravillas de Aquél que nos llamó de tinieblas a luz” (1 Pedro 2:9-10), testificando tanto en las comunidades de Jerusalén, de Judea, de Samaria, como también las que habitan lo último de la tierra. Misiones expresa un compromiso con nuestros vecinos y las tribus de las más remotas regiones del mundo.



4. La vasija de la mezquindad

Esta vasija es particularmente común en América Latina, donde seguimos convencidos de que no podemos tener plena participación en las misiones porque no tenemos los recursos necesarios para hacerlo. Al igual que todas las mentiras del enemigo, ésta también se basa en una media verdad. Nosotros no tenemos los recursos, pero nuestro Padre celestial tiene los tesoros del universo a su disposición. La actitud que destraba las riquezas de Dios en favor de las misiones, sin embargo, es nuestra disposición para obedecerle antes de que veamos los recursos. Nunca, en la historia de la Iglesia, el Señor ha provisto primero los recursos para un proyecto misionero; más bien, la iglesia toma, por fe, el paso de comprometerse y luego Dios provee los medios.

Tal vez usted puede identificar otras vasijas que han escondido la luz del evangelio. Algunas son comunes y ordinarias; otras resultan más elaboradas, finamente decoradas con toda clase de sutiles argumentos, empleados con orgullo para defender una espiritualidad individualista y utilitaria.



La verdad es que no importa qué clase de vasija usamos para esconder nuestra luz, todas cumplen la misma triste función, que es la de neutralizar el evangelio de las buenas nuevas. Mientras continúe esta situación, estamos en falta con nuestro Dios y la sociedad que nos rodea.

Rompamos juntos, de una vez, estas vasijas “para que alumbre nuestra luz delante de los hombres, para que vean nuestras buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos” Mateo 5:16

Ilustraciones por: Andrés Mayaudón Pinzón

Artículo escrito por Christopher Shaw. Tomado con permiso de Apuntes Pastorales, Volúmen XXIII - Número 2